

Su Santidad describe entonces un reino de la caridad. “Los ricos y demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas, y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia... y aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la divina Providencia en la sociedad humana...”

La parábola del herrero

AR. VALLÉE

J. SAMPERIO

Artículo de Ar. Vallée, publicado en
“Dossiers de L'Action Populaire”, de
10 de Marzo de 1937.

I

LA PARÁBOLA:

*“El instrumento de trabajo crece
y se rebela contra su dueño”.*

Si Jesucristo volviera a la tierra, los hombres —intranquilos por la actual inestabilidad y más solícitos aun por el futuro— irían en masa hacia El para proponerle la cuestión social, que los angustia. Irían hacia El hombres de todas las clases, obreros y patrones, peones y directores de fábricas: “Maestro, sabemos que tú no haces acepción de personas. Para tí no hay ni judío ni griego, ni rico ni pobre; no haces distinciones según las clases sociales. Queremos la verdad. Nos respondes?”

Antes de darles la esperada respuesta, Jesucristo —a fin de hablar para todos— invitaría a unirse a los ya presentes a los artesanos, a los campesinos, a los pescadores al por menor, en los cuales se piensa demasiado poco, porque —a diferencia de obreros y patrones— viven al margen del actual régimen capitalista.

“En la hora presente, en efecto, el régimen capitalista no está en vigor en todas partes, otro régimen gobierna aún una numerosa parte de la humanidad. Tal es el caso, por ejemplo, de la profesión agrícola, en la cual un muy crecido número de hombres halla su subsistencia a costa de un trabajo probo y honrado” (Quadragesimo Anno). Puede añadirse que es análogo el caso de la profesión de los artesanos y de los pescadores al por menor, cuya estructura económica y social es absolutamente igual a la de la agricultura.

Habiendo tomado sitio los recién llegados — siendo indudablemente objeto de cierto asombro (estamos de tal suerte tan poco habituados a verlos y sobre todo a contarlos que siempre nos sorprendemos al constatar que existen y que representan la mitad de los trabajadores!) — y estando ya, por consiguiente, la familia humana completa y pronta a escuchar un nuevo sermón de la montaña, Jesucristo se expresaría en estos términos:

“Todos sois hombres. A cada uno de vosotros se dirige el mandato, que ha dado mi Padre: “Comerás el pan a costa del sudor de tu frente”.

Todos estáis sometidos a la gran ley del trabajo. Tal es vuestra común condición.

— Maestro, estamos divididos.

— Ah! Ya lo sé. Mas es necesario hacer cesar esas divisiones. Lo que debe estar dividido es el trabajo, no empero vosotros.

Sois hermanos. La carga del trabajo pesa sobre todos.

Habéis obrado cuerdate al repartiros las ocupaciones según vuestras aptitudes en vez de fabricar cada uno de vosotros por su parte cuanto os es necesario.

El campesino cultiva el trigo, el molinero muele el grano, el panadero hace el pan. La carga del trabajo así dividida se hace menos pesada. Cada uno, al trabajar para sí, trabaja para sus hermanos; el campesino para el molinero y para el panadero, el panadero para el campesino y para el molinero. Podéis, manejando vuestro instrumento de trabajo a lo largo de las largas jornadas de vuestra vida, practicar constantemente mi mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

— Señor, no nos amamos; existe el odio entre nosotros.

— También lo sé. Y esto procede de que no sabéis servir de vuestros instrumentos de trabajo.

— Pero sí, nosotros lo sabemos perfectamente, Maestro. Conocemos nuestra profesión, protesta un artesano cerrajero, que lleva a la espalda su caja de herramientas.

— Tú quizá. Pero tus instrumentos de trabajo son sencillos y caben encerrados en tu caja de herramientas.

Contemplad hacia lo lejos las humeantes chimeneas. Hay bajo ellas fábricas, máquinas. También éstas son instrumentos de trabajo aunque no se las puede colocar en una caja de herramientas, y en verdad, en verdad os digo que no sabéis servir de ellas. Escuchad más bien la parábola del herrero”.

Sobre la montaña en donde resonaba la voz del Maestro la muchedumbre se agitó cual la mies bajo la acción del viento, estrecháronse las filas y Jesucristo habló de nuevo.

“En aquel tiempo —esto acontecía en la edad media— vivía un herrero. Conocía la regla de su profesión: “Cualquier oficio, que el hombre ejercite, debe servir a la ciudad, en donde él desempeña su oficio para que allí no falte ni pan ni vino ni otra cosa alguna”. Forjaba el hierro desde la mañana hasta la tarde para los otros hombres sus hermanos, para el zapatero de compostura, el tonelero, el panadero, el carnicero, el comerciante y los de los demás estados...

Reclamaba en cambio el justo precio de su trabajo y con este dinero se procuraba a su vez los servicios de sus conciudadanos: carcareros, panaderos, etc.

Practicaba así la mutua ayuda fraterna y su trabajo se elevaba hacia vuestro Padre de los cielos como una plegaria.

Para cumplir su oficio había adquirido el indispensable instrumento de trabajo, un martillo de herrero.

Con su fragua y su yunque ya tenía cuanto podía apetecer.

El martillo le cuadraba perfectamente. Hacía de él todo lo que quería. Lo había traído de la ciudad, en donde lo había adquirido, hasta su pueblo; lo tomaba cuando quería y cuando quería lo volvía a dejar, lo manejaba al ritmo que se le antojaba. En resumen, tenía sobre él el derecho más absoluto, que un hombre puede tener sobre cosa alguna, el derecho de propiedad. Un día empero le acontece una aventura inaudita: su herramienta se rebela contra él.

Y es esto lo que principalmente os quiero contar. Escuchad”.

Prodújose entonces un nuevo movimiento en la muchedumbre, que refluó hacia Cristo como la ola que empuja la marea.

Jesucristo prosiguió:

“Fijaos bien en nuestro herrero. Está al pie de su fragua; descansa; inclinado su cuerpo, respira a todo pulmón; apoyada la mano en el mango de su martillo afirma su fuerza. Es el hombre que triunfa de la materia.

Luego, he aquí que su martillo crece de repente. Le sobrepasa en estatura, hácese gigantesco, escápase de sus manos; toma semblante humano y afirma su poder: “Yo soy tu amo!”

“Desde ahora tú me seguirás a donde yo quiera”.

— Y mi pueblo, y el país de mis antepasados?

— Prefiero la ciudad; tú me seguirás a ella.

— En la ciudad jamás tendré casa!

— En adelante no trabajarás en tu morada sino en la mía, en la fábrica.

— Y mi esposa, y mis hijos?

— Se alojarán en un cuartucho. Tú me seguirás a donde yo quiera, de día o de noche y por cuanto tiempo se me ocurra, 8 ó 16 horas.

— Entonces, no veré más a mi esposa y a mis chicos?

— Tu mujer estará a mi servicio, y no contigo sino en otra fábrica. Tus hijos serán para mí; a los 8 años, si son endeble —y es fácil que lo sean— o a los 6 si son robustos.

— Podré al menos ganar con suficiencia mi vida?

— Tú, tu esposa y tus hijos ganaréis para todos vosotros lo que sea indispensable para no morir de hambre y si en los días de enfermedad no ganáis lo suficiente, seréis atendidos por la asistencia social. Os aseguro que nadie morirá de hambre.

— Para quién, pues, trabajaré si no es para mí y para los míos?

— Trabajarás para mí y no para tí, ni en manera alguna para los otros hombres; los consumidores están a mi servicio. Cuando sus necesidades estén ya satisfechas, yo les crearé otras nuevas por la propaganda y la moda y, si es necesario, hasta por el despilfarro de la guerra. Si todo esto no basta todavía, pues bien!, no trabajarás más, quedarás cesante. Basta con que yo trabaje, yo, el instrumento de trabajo. Los hombres están a mi servicio”.

En verdad, en verdad os digo: el instrumento de trabajo, que es materia, gobierna al hombre, que es espíritu. Tal es la primera verdad de la parábola del herrero...

Todos vosotros, hermanos míos, la habéis entendido!”

EXPLICACION.

Jesús se calló, su palabra continuaba cerniéndose sobre la muchedumbre, penetraba lentamente en los corazones, poco a poco abríanse las almas a la luz.

En los espíritus, la historia del trabajo, evocada por la enseñanza del Maestro, se presentaba como un testigo. Sí, Jesucristo tenía razón; por varias centenas de años —un instante a los ojos de Dios— el orden natural había estado invertido.

Los que leen la parábola del herrero, patrones, obreros, artesanos, campesinos, pescadores, comerciantes, hijos del herrero de la edad media, se persuaden fácilmente de la exactitud del símbolo, que ella encierra.

Recuerdan sin dificultad las diferentes facetas de este sorprendente drama. Ya desde un principio el trabajador-obrero es despojado de su herramienta.

1º *El trabajador-obrero es despojado de su herramienta.*

Perfeccionado por nuevas invenciones —principalmente durante el último siglo— el instrumento de trabajo crece, su esqueleto metálico se ramifica, sus órganos se diferencian en rodajes y palancas de transmisión, que se agitan a par de enormes brazos; el vapor lo anima con una respiración sincrónica, que remeda el soplo de la vida. Llega, por fin, a ser ese monstruo de bronce y de acero, a que damos el nombre de “máquina”.

Las manos del trabajador resultan entonces demasiado débiles para aprehenderlo y, sobre todo, su bolsa es muy insuficiente para comprarlo; este esclavo mecánico es muy caro, su precio ha aumentado con su estatura.

Para adquirir antiguamente el instrumento eran necesarias algunas monedas y el conocimiento del oficio: para adquirir la máquina en adelante ya no hay más necesidad de cualidades técnicas, empero es menester una fortuna!

Por tanto, sólo los trabajadores ricos tendrán sobre la máquina el dominio jurídico y legal, que da la propiedad. Estos serán los “patrones”.

Los trabajadores pobres no tendrán sobre ella derecho legal alguno: ellos serán los “obreros”.

Guardarán sobre la máquina solamente una superioridad moral, es decir: un derecho, a quien no reconocen ni los tribunales ni los contratos; un derecho, que tan sólo se valoriza ante la conciencia del hombre, y que, por consiguiente, no se valoriza más que ante la conciencia del patrón, propietario de la máquina.

Muchos patrones han comprendido el papel social, a que los conducía esta nueva situación, pero muy frecuentemente por la concurrencia de hombres sin conciencia o sin entrañas, han sido privados de la libertad de realizar sus generosos intentos.

2º *A su vez el trabajador-patrón es despojado.*

Por otra parte, el mal es mayor aun! La máquina, después de haber crecido, se multiplica; puebla las fábricas; las fábricas a su vez pueblan las ciudades, hechura de la máquina.

Al lado del mecanismo industrial se desarrolla un mecanismo más complejo, que se extiende cual vasta red sobre las regiones, los países, los continentes enteros; y que está constituido por medios de transporte, agencias de propaganda, de representación, de venta; nos referimos al “mecanismo comercial”, que debe ser considerado como parte integrante de lo que en una expresión simbólica llamamos “la máquina”.

Esta, acrecentada con sus rodajes materiales a través de las fábricas y de las ciudades industriales, complicada con los rodajes administrativos del mecanismo comercial, escápase definitivamente a la capacidad de compra de las fortunas individuales.

Asóciense entonces los capitales para realizar lo que ya no puede un hombre solo, las "sociedades anónimas" vienen a la existencia, y qué son ellas sino dinero reunido para comprar fábricas y máquinas y para hacerlas rendir beneficios?

Como dicen los juristas, no son ya sociedades de personas sino sociedades de dinero; no son ya hombres sino capitales, no tienen nombre a la manera de los hombres; son anónimas como las cosas materiales, no tienen familia como los hombres y no se encaminan más que a engendrar otros capitales; con mucha frecuencia no tienen patria porque el dinero no reconoce fronteras y con más frecuencia aun no poseen a Dios porque el dinero tiende a convertirse él mismo en dios.

Sin familia, sin patria, sin Dios, no tienen otra razón de ser —esto está escrito en sus estatutos— que la de personificar los capitales reunidos para comprar máquinas o, si se prefiere, no personifican a los capitales reunidos —simple medio de compra— sino a las máquinas compradas con los capitales.

Personificadas las máquinas de esta suerte, pueden realizar los actos, que ejerce un comerciante de carne y hueso; pueden negociar, vender, entablar procesos y hasta pueden —oh trastorno de las cosas!— contratar directores y obreros.

El trabajador-patrón y el trabajador-obrero han sido definitivamente despojados.

La máquina, bajo el rubro de sociedad anónima, ha tomado una existencia distinta de ellos; ha llegado a ser al lado de ellos un personaje jurídico, que disfruta de los mismos derechos que ellos en el mundo de los negocios; por fin, los ha tomado a su servicio.

Por lo demás, el mundo está constituido de esta suerte: una muchedumbre de personas humanas: trabajadores obreros y trabajadores directores de fábricas y la máquina frente a ellos, personificada en una multitud de sociedades de capitales.

3° *La máquina llega a ser persona moral; su dictadura, o en otros términos: la dictadura económica.*

La evolución no están aún terminada; las comunicaciones se establecen entre las sociedades, personificación de la máquina, los fondos que le

han dado la existencia: el capital social, los que aseguran su vida: los fondos de reserva, tienden cada vez más a tener un origen común. Este es el Banco, que los procura y los renueva recurriendo al ahorro y los hace circular mediante los cambios de Bolsa.

Sociedades, Bancos, Bolsas pasan a manos de algunos hombres, que no son propietarios de fortunas, pero que son los amos de ellas por cuanto dirigen el empleo y la administración de las mismas. Esta es la "dictadura económica" tan magistralmente descrita por la Encíclica *Quadragesimo Anno*.

La máquina no está ya personificada por una multitud de seres jurídicos sino que lo está por un único ser: el "capital", cuya sangre es la plata, cuyo corazón es el Banco, cuyas arterias son la Bolsa y cuyo cerebro es lo que se llama la alta Finanza.

El corazón humano funciona como una bomba aspirante-impelente, que aspira la sangre y a continuación la impele por las arterias hasta los miembros, vivificándolos así y proporcionándoles el medio de obedecer a las órdenes del cerebro.

De la misma manera el Banco —corazón de oro de la moderna economía— aspira la plata, cual sangre preciosa, en el bolsillo de los que ahorran e, impeliéndola por las arterias de la Bolsa hasta los miembros —quiero decir: hasta las sociedades de capitales—, hace pasar por ellas la vida de los negocios y la somete —como el influjo vital es sometido a las órdenes de un único cerebro— al mandato de la dictadura económica.

Ya estamos en el fin. Frente a la muchedumbre de hombres consumidores, trabajadores-patronos, trabajadores-obreros, yérguese la "máquina" personificada en un solo organismo, el "capital" y, desde este punto de vista, se impone por su soberano: vivimos bajo el reinado del capital, agente de la máquina; nos hallamos en un régimen de dictadura, al cual nada se resiste, ni siquiera el poder público, cuya "decadencia" caracteriza con severas palabras la *Quadragesimo Anno*. "El que debiera gobernar desde lo alto, cual soberano y supremo árbitro, con toda imparcialidad y con el solo interés del bien común y de la justicia: ha caído a la condición de esclavo y ha llegado a ser el dócil instrumento de las pasiones todas y de todas las ambiciones del interés".

4° *Las leyes de la máquina:
ley del progreso mecánico indefinido, ley del rendimiento.*

El capital, habiendo esclavizado toda potencia, su reino y por él el de la máquina, se ejercita sin freno desdeñando el derecho natural o, dicho de otro modo: la ley del hombre.

La máquina dicta su ley como el instrumento de trabajo del herrero de la parábola!

La ley del progreso mecánico indefinido;

La ley del rendimiento.

Ni el obrero ni el patrón pueden escapar a su sujeción.

En primer lugar, *la ley del progreso mecánico indefinido*.

Es esta ley la que durante el último siglo se ha designado bajo el puro y simple nombre de "Progreso".

Ya es tiempo de arrancar la máscara a ese ídolo del mundo moderno. El progreso consiste en que el hombre sea cada vez más feliz con una felicidad profunda y humana. Consiste desde luego en que él pueda ganar su pan con un trabajo honrado. En la medida en que la máquina le ayuda a obtener este fin, ella contribuye al verdadero progreso; toda vez que se opone a su esfuerzo, cuando convierte su trabajo en inhumano en vez de aligerarlo, cuando lo priva de su medio de sustentación en vez de darle la comodidad: ella es sinónimo de retroceso.

Tal es la ley del hombre.

La ley de la máquina, por el contrario, es el progreso mecánico indefinido, cualesquiera que sean las consecuencias para la vida del hombre. Consiste en que toda nueva invención sea explotada febrilmente aún a riesgo de arruinar las regiones y las generaciones enteras. Consiste en que el artesano, cuyo valor social es tan elevado, desaparezca de Francia lo más rápidamente posible, como una forma de trabajo ya anticuada. Consiste en que nuestros zapateros desaparezcan ante la invasión de los zapatos Batá, y en que la pesca al por menor —esa maravillosa escuela de marinos— sea suprimida y reemplazada por la pesca industrial, tanto la marroquí o portuguesa como la francesa. Consiste en que millones de pescadores al por menor mueran de miseria mientras algunos puñados de hombres se extenuan en el trabajo a bordo de los barcos industriales. Consiste en que el cultivo al por menor, que existe entre nosotros, perezca y sea suprimido por el cultivo industrial del Canadá o de la Rusia soviética. (El capital material se renueva cada 5 ó 10 años, podemos suponer que el capital humano no se renueva más que en cada generación). Consiste en que en una hora de miseria mundial las finanzas públicas de las Naciones sean dilapidadas en la construcción de trasatlánticos tres o cuatro veces muy numerosos, de cinco a seis veces demasiado grandes para el número de pasajeros, que deben transportar. Y surcan esas aguas el Normandíe y el Queens-Mary y pronto los trasatlánticos gigantes de América!...

La ley del progreso mecánico indefinido consiste en que durante un siglo la clase obrera sufra de exceso de trabajo y que la clase patronal se

agote en el más espantoso enervamiento a fin de que las fábricas crezcan con más rapidez y que, a fin de cuentas, sean capaces de fabricar los productos en cantidad dos veces mayor de lo que hacen falta. Consiste —en una palabra— en el curso de la superproducción y del paro a través del sufrimiento.

Ley del rendimiento.

La ley del rendimiento conduce al mismo resultado.

Constituye, con la primera, el misterioso resorte de toda la evolución económica del último siglo. La contemplamos tiranizar al capitalismo naciente.

Invéntanse las máquinas. Pues es necesario que "rindan". Para ello es indispensable que estén tan estrechamente coordinadas cuanto sea posible: de aquí se originan las fábricas —agrupación de máquinas—, las ciudades industriales —agrupación de fábricas—. Los obreros están en el campo: se los llama a la ciudad. No encuentran alojamiento. Se han levantado edificios para las máquinas y no se han construido para los hombres. Se contentarán con cuartuchos. En Lila viven familias enteras en cuevas, que por lecho no tienen más que una cama de paja extendida sobre la tierra y contenida por dos tablas.

Hay que tener en cuenta que de la mezcla de sexos en la fábrica y en los medios de transporte no se tiene mayor cuidado que el que se tiene en los hogares. Las máquinas carecen de sexo. ¿Para qué perder tiempo en dividir las máquinas "que exigen obreros" y máquinas "que exigen obreras"?

Las máquinas deben ser agrupadas más estrechamente, deben funcionar en estas condiciones por el mayor espacio de tiempo posible: las máquinas no se fatigan! Los obreros trabajan 14-0 16 horas en tiempos, en que los presidiarios trabajan sólo 10.

¿No tienen las máquinas necesidad de descansar? Los obreros y aún las mismas obreras, trabajarán lo mismo de noche que de día.

Se trata de 1830, mas se encontrarán hechos análogos —bien que felizmente más raros— en 1937. Estos constituyen tal vez las excepciones y son más numerosos en China y en el Japón que en Francia, pero por desgracia son excepciones reales!...

Funcionar, funcionar siempre, tal es el interés de la máquina.

Siempre y siempre con mayor velocidad. Se racionaliza, o sobre todo se mecaniza. Es menester que el hombre sincronice su trabajo con el ritmo de la máquina. Es el trabajo en cadena.

Las máquinas más numerosas, más rápidas dan vueltas sin fin, no intentan, por ventura, absorber más productos, que los que puede absorber el poder de compra de los clientes?

Es necesario, absolutamente necesario, rebajar los precios para vender más! Para rebajar los precios disminuycamos los salarios (2 francos por día y por hombre), utilicemos la mano de obra femenina (una mujer no cuesta más que 1 franco por día), y después, también los niños están ahí; pueden trabajar ellos también, no cuestan nada: tres cuartos de franco de 13 a 18 años; nueve vigésimos de franco de 8 a 13 años y a los 6 años probablemente se los puede hallar a 5 vigésimos de franco! (1). Poco importa que acompañen al obrero la miseria, la alimentación insuficiente, la salud arruinada, el hogar destruido... es la ley de la máquina.

Estos hechos no están inventados. Hállanse en la encuesta Villermé (1830-1835), en ningún modo constatados por partidarios o por revolucionarios, mas por un árbitro leal, que tenía misión oficial.

El espíritu de clase no tiene nada que ver, en efecto, con la constatación de hechos verídicos. Por otra parte, la realidad sería mal interpretada, si al lado de la miseria del obrero no se pusiera de manifiesto la inquietud del patrón al tener que habérselas con una concurrencia sin miramientos, perseguido por el cuidado de los negocios, forzado a acrecentar sin cesar su empresa para mantener su puesto en el comercio, condenado al enervamiento, y a veces más esclavo de su ocupación profesional que el artesano.

5° *Nadie puede sustraerse a la ley de la máquina:
ni el obrero, ni el patrón, ni el consumidor.*

Las leyes del rendimiento y del progreso mecánico no sufren epiqueya alguna.

Imposible PARA EL OBRERO escapar de aquí! Si en 1830 hubiera pretendido, contra ellas, dormir todo lo necesario cuando estaba fatigado, tomar de tiempo en tiempo algunos días de descanso a título de franco con salarios, tener un salario suficiente para sí y su familia: no hubiera encontrado empleo o hubiera sido despedido al poco tiempo.

U observar la ley de la máquina: trabajar por tiempo muy prolongado, salario mezquino, vida familiar reducida a nada, o ser castigado con la pérdida de su medio de sustentación. Para el obrero la ley de la máquina no es una ley sin sanción!

(1) En moneda argentina, según cambio de mediados de agosto de 1937, tendríamos: salario de un hombre: 25 centavos, de una mujer: 12 cts. y medio, de 13 a 13 años: 9 cts. y fracción, de 13 a 8 años: 5 cts. y fracción, de 6 años: 3 cts. y fracción.

PARA EL PATRON tampoco lo es, con esta diferencia, puesto que la sanción está más sabiamente agenciada y se presenta ya como una pérdida ya como un defecto de ganancia, ora como una recompensa fallida, ora como un castigo brutal.

Se ha entablado entre los patronos una especie de concurso: consiste éste en quién observará mejor las leyes de la máquina, quién obtendrá el mejor rendimiento, quién asegurará el progreso mecánico más rápido! A los mejores concursantes corresponde por derecho un premio: el beneficio.

Los que no se someten a las reglas de este concurso —vulgarmente llamado concurrencia— son privados de recompensa y severamente castigados, aunque no hayan violado las leyes de la máquina más que para satisfacer los derechos de los hombres trabajadores y consumidores.

El régimen económico actual establece una emulación al revés y una disciplina artificial, que ata a los patronos como el reglamento a los alumnos de un colegio.

Villermé lo había notado en 1835: "El patrón de una hilandería de algodón, solo, no puede nada, absolutamente nada, doquier exista otro establecimiento semejante al suyo".

Sus máquinas funcionan 14 horas al día: quiere obligarlas a no funcionar más de 10 con tal de conservar a sus obreros el salario vital! Al instante sus precios de compra y por consiguiente sus precios de venta aumentan, su clientela lo abandona para ir a los productos menos caros y a los proveedores menos sociales. Está condenado a la quiebra. Ha desobedecido a la ley de la máquina. La sanción de su desobediencia es la pérdida de su situación, como para el obrero ha sido la pérdida de su empleo. La sola posibilidad de salvación es un acto de sumisión! Será necesario que deje funcionar sus máquinas como ellas quieren: 14 o tal vez 15 horas, para reconquistar su clientela.

Un siglo más tarde la libertad no es mayor. En Francia numerosas fábricas de calzado están cerradas por falta de trabajo. Para volver a abrir sus puertas será necesario que el conjunto de fábricas de calzado no trabaje más que 7 horas en vez de 8. Tómase esta medida, el precio de calzado de fabricación francesa aumenta. Los clientes no compran más calzado que el checoeslovaco. Marca o bajomarca Bat'a. Es la sanción. Es necesario volver a las 8 horas o perecer.

Una disciplina, que se impone a los trabajadores, patronos y obreros, que tiene por pena la pérdida de su medio de subsistencia: es toda una ley, y cuando se habla de las leyes de la máquina, no es en manera alguna por metáfora.

También merecen este nombre en razón de su poder sobre el CONSUMIDOR, aunque su imperio se ejercita aquí de una manera menos brutal, por medio de la propaganda y de la moda.

Los CONSUMIDORES son —sin duda alguna— sometidos a la ley del progreso mecánico y del rendimiento. Las fábricas de productos de lana se desarrollan: es menester que rindan: la moda consistirá en la lana; descúbrase la seda artificial; levántanse fábricas, es necesario que su rendimiento se acreciente: la moda consistirá en los vestidos de seda. Los tornos para madera están sin ocupación: jugaremos al yo-yó.

Para que el cliente sea flexible y obedezca con puntualidad, se le hace hacer ejercicio: ciertas medidas sin finalidad alguna: los sombreros de aquellas damas serán cuadrados, largos, cilíndricos o inclinados a derecha, a izquierda o hacia atrás. Los vestidos serán largos, cortos, estrechos, anchos, abotonados, sesgados, con vuelo. Se observará mayor discreción para con los caballeros, pero habrá sin embargo derechos sobre su aperitivo, su jabón para la barba, la longitud de su pantalón, el corte de sus sobretodos y el color de sus corbatas.

Así, bajo la amenaza del ridículo, el ejército de los consumidores se forma en la disciplina, presto a recibir voces de mando y a constituir una plaza comercial adecuada a la producción.

Si los mercados conquistados en el interior por estos procedimientos pacíficos no bastan “el conflicto se traslada a un terreno internacional y los diversos Estados ponen sus fuerzas y su poder político al servicio de los intereses económicos de sus súbditos. Es el imperialismo económico” (Quadragesimo Anno).

Si a despecho de todos los esfuerzos, a pesar de la tiranía disimulada de la moda, las felinas astucias de la propaganda y la potencia financiera o guerrera de los Estados: no es posible conquistar nuevos mercados; si, mientras las fábricas de calzado representan una maquinaria correspondiente a una producción doble del consumo actual, los Europeos rehusan caminar a cuatro patas con el fin de usar cuatro zapatos a la vez; si, a su vez los Arabes combaten el fusil con los puños para no ser “civilizados” y conservar el derecho de caminar descalzos... ¿qué acontecerá?...

Se producirán entonces las crisis, la superproducción, el paro: ángeles de maldición, que empujan a los hombres delante de sí y los obligan a arrodillarse bajo los repetidos golpes de la miseria, cual bajo latigazos, al pie de la montaña nueva en donde resuena la voz de Jesucristo que anuncia el reino de los cielos en parábola.

II

JESUCRISTO JUZGA A LOS INDIFERENTES, A LOS ADVERSARIOS DEL
PROGRESO Y A LOS COMUNISTAS, QUE HAN ENTENDIDO
LA PARABOLA

Todos los que llegan de nuevo a esta muchedumbre abatida por la suerte, no se convierten de corazón.

Vienen con una sonrisa sarcástica en los labios; y, en efecto, es posible hallar quienes se rían en esta aventura: el hombre tiene un instrumento de trabajo, al que juzga imperfecto. Gracias a los recursos de su inteligencia, crea un instrumento de trabajo perfeccionado: la máquina, que él asocia a su vida.

Desde el día de estos esponsales entre el hombre y la máquina data la infelicidad de los hombres. La esposa, disfrutando de una vida exuberante, habiendo alcanzado una corpulencia gigantesca y habiendo además dado origen a la bolsa común, trata a su minúsculo esposo como a un criado a quien esclaviza. A la vista de esta querrela de familia no es lo más fácil el reírse!

Es una actitud que no agrada al Señor. El no ama a los que se rien del sufrimiento humano.

Ni ama más a aquellos que no se interesan por el dolor más que por ponerse a salvo. Numerosos son los que en presencia del actual desorden se ponen a temblar por su bolsa o por su pellejo. En todo caso, al lado de los que se reían, se encontraban numerososamente representados en el auditorio que escuchaba la parábola del herrero.

Y Jesucristo, que lee en los corazones, vió su pensamiento y les dijo:

“Hay aquí quienes rien y quienes tiemblan. Rien unos por el placer que tienen, tiemblan otros por el dolor que tal vez mañana tendrán, no se preocupan por el sufrimiento que el día de hoy abrumba a sus hermanos. Busco Samaritanos buenos, es decir: hombres que tengan piedad, poco importa que sean samaritanos, ésto es: miembros de una secta separada, en cierta manera heréticos o revolucionarios (siempre hay heréticos para cada parte: los católicos son los heréticos para los comunistas, y los fascistas son los revolucionarios para los demócratas). Poco importa el partido con tal que haya piedad, piedad activa que contribuya con su trabajo y su dinero como el buen samaritano, que cura al herido y paga al hotelero.

Los que se apiadan de la humanidad maltratada por bandidos anónimos, llagada con esa cruel herida, que se llama crisis o paro, debilitada por su larga esclavitud bajo el reinado de la máquina y de los instrumentos materiales de su trabajo, esos, tienen la palabra”.

Con la indumentaria de los hindús: albornoz y largo manto, se levanta un hombre de entre la muchedumbre.

“Señor, soy discípulo de Gandhi. El ha predicado por la palabra, la huelga del hambre y la resistencia pasiva el Evangelio de la Rueda. Ha visto, como tú, Maestro, de dónde venía el mal del mundo moderno: el instrumento de trabajo se ha engrandecido mucho, la rueda se ha convertido en torno para tejer, luego en la fábrica de tejidos y después en la ciudad industrial textil. Es necesario destruir las máquinas, es indispensable volver a las ruecas, es menester achicar el instrumento de trabajo a la medida del hombre”.

Jesucristo replicó: “Qué pensarías tú de un hombre casado, cuya mujer se hubiera atribuido mucha autoridad, y que no descubriera otro remedio que matarla? Dirías que el tal está loco. La solución en este caso es hacer obedecer a la esposa rebelde, no suprimirla. La solución, en la cuestión que nos ocupa, no es así mismo hacer obedecer a la máquina, instrumento de trabajo, y no el suprimirla?”.

Otro interlocutor se levanta. Tenía un muy marcado acento ruso y llevaba como distintivo la hoz y el martillo: “Maestro, has hablado bien. Nosotros, los comunistas, hijos de Carlos Marx y de Lenín somos de tu opinión.

“La esperanza de los hombres está en su instrumento de trabajo, tal como lo ha hecho el capitalismo y tal como lo hará sobre todo el socialismo por una evolución necesaria; en lugar de achicar el instrumento de trabajo es necesario que los hombres crezcan. El obstáculo consiste en que están divididos en “clases”: los explotadores y los explotados. Es menester suprimir a los explotadores, igualar las clases, reducir los hombres a la igualdad por la fuerza del Estado, el destierro, la prisión, la muerte misma si ello es menester. Una vez suprimidos los parásitos, se impone el que los hombres se ceban en el trabajo, que pongan en acción los inmensos capitales del monopolio: Estado; que dirijan el plan de la ciudad futura; que fijen las etapas cada 5 años; que estén obsesionados por este plan quinquenal; que repitan con fervor su nombre: Piatiletka, Piatiletka, como un nombre salvador; que su ideal sea Stakanow, que ambicionen como él sobrepasar el rendimiento habitual, la norma del trabajo; que construyan diques gigantescos, gigantescas fábricas, aeroplanos titánicos; que por su entusiasmo, llevado hasta el delirio, apresuren la hora en que el instrumento de trabajo libertará definitivamente al hombre de su ocupación mezquina y sin porvenir y abrirá de nuevo ante él los jardines de un nuevo paraíso terrenal, el paraíso comunista, consecuencia última del Estado socialista!”.

Durante esta sofocante arenga, la turba se había mostrado más agitada, habían brillado los ojos, habíanse cambiado violentas réplicas, veníanse ya a las amenazas.

La palabra del Maestro resuena apaciguadora: “Todos sois hermanos, todos iguales, todos debéis ayudaros. Es necesario repartir vuestros gozos y vuestras ganancias, empero, en verdad os digo: es así mismo necesario repartir vuestros sufrimientos y la pena que el dolor tiene ligada al trabajo y a la vida.

Todos debéis ganar vuestro pan con el sudor de vuestra frente. Benditos sean los que quieren aligerar la carga, que pesa sobre los hombros de la humanidad, pero sepan bien que la ley del trabajo no pasará y que el dolor está unido a la tierra, de la que ha sido formado el cuerpo humano. Yo he tomado mi parte de trabajo y mi parte de dolor cuando vine a la tierra, escrito está en mis manos, manos de obrero y manos de crucificado.

Que no sueñen vuestros profetas con hacer a los fuertes iguales a los débiles, que pidan, por el contrario, a los fuertes que lleven una parte de la carga más pesada que la de los débiles. ¿Por qué querer achicar al hombre antes que al instrumento de trabajo?

¿Por qué, principalmente, inmolar a vuestros hermanos y darlos por alimento a ese monstruo, a quien queréis hacer crecer en una tarde más de lo que él puede normalmente crecer en un siglo? Esperáis libertar al hombre de mañana y esclavizáis al hombre de hoy, como si el padre que trabaja para edificar el mundo socialista a costa de su sudor, al precio de su libertad, de su felicidad, de su personalidad o de su vida no tuviera el mismo infinito valor que su hijo, el ciudadano predestinado del futuro paraíso.

Para hacer cesar la esclavitud de mañana, agraváis la esclavitud de hoy. La máquina ha arrancado al hombre de su hogar; le ha arrebatado su esposa, ha creado ese escándalo de los tiempos modernos: la madre de familia obrera en una fábrica! Mas comprende bien que no ha conquistado todo enteramente. Su corazón se le escapa; no está en la fábrica, queda en el hogar en donde han quedado sus hijos: en donde está tu tesoro allí está tu corazón! La familia es un obstáculo al rendimiento de la fábrica!

Le hace falta por tanto destruir la familia; todos los medios son buenos: amor libre, divorcio por mutuo consentimiento, casas-cunas colectivas, etcétera... Vuestros actos os acreditan por enemigos de la familia.

Pensáis que la máquina conquistará al hombre y a la mujer por completo: cuerpo y corazón. Empero su alma? Esta no está sujeta a la máquina, a la ciudad terrena obra de la máquina. Sueña en otra ciudad que sobrepasa a la materia. Arriesga por esta nostalgia del más allá el dismi-

nuir el entusiasmo por las realizaciones inmediatas, los diques monstruosos, las fábricas y el rendimiento. Su gusto de lo eterno la podría hacer hallar mezquino el plan quinquenal y hacerle preferir la gloria de Dios a la de un Stakanow. Pretendéis sofocar al alma. Suprimiréis la única atmósfera en que le es posible respirar: la religión.

Condenáis al hombre a estar sin Dios.

Habiendo perdido lo que constituye lo íntimo de su corazón y de su alma, su familia y su Dios el hombre perderá toda su felicidad, será miserable entre los miserables, estando perdido él mismo y habiendo perdido a Dios, que es su todo, no le queda nada.

Vosotros le habréis dado en cambio —así lo creéis— un instrumento de trabajo, la maquinaria, el mecanismo económico comunista, que liberará del labor cotidiano. Sois unos insensatos! Este instrumento de trabajo está sujeto a ser conservado, reconstruido, perfeccionado diariamente, amo cada vez más y más exigente y tiránico, que aumenta sin cesar el exceso de trabajo, las necesidades, el movimiento loco del mundo moderno!...

Que mi Padre se apiade de vosotros. No sabéis lo que hacéis!"...

La palabra del Salvador había caído sober el auditorio pesada, cual una mole, por su mucho sentido. Los hombres se miraban vacilantes. Uno de ellos por fin tomó la palabra:

"Maestro, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, habla tú mismo!"

EL MISMO JESUCRISTO PRESENTA LA CONCLUSION DE LA PARABOLA:
EL HOMBRE CRECE A LA MEDIDA DE SU INSTRUMENTO DE TRABAJO.

Jesucristo extendió su mirada sobre la muchedumbre ansiosa y la dejó atrás fingiendo vislumbrar un auditorio infinito.

Oíd el fin de la parábola:

"En su herrería convertida en fábrica —indudablemente bajo la razón social: Forjas y Fundiciones de Acero— después del fantástico crecimiento de su herramienta transformada en máquina, ha quedado nuestro pobre herrero; está allí, minúsculo esclavo que piensa, sometido a la dictadura de su instrumento de trabajo sin pensamiento. Es este el punto en que lo volvemos a encontrar por un milagro nuevo.

"Oh! no temáis, no es este el instrumento de trabajo que va a crecer o achicarse. Mas esto no es en manera alguna en vista de que la humanidad se va a nivelar o achicarse!

"Es, por el contrario, extendida ahora por el mundo como un gran cuerpo formado por un polvo viviente. Así como las cenizas de los muertos a la trompeta del juicio, este polvo animado se reúne de repente, re-

construye los miembros conforme a la naturaleza, establece entre ellos las junturas, avanza cual gigantesco cuerpo, animado por una nueva alma, inmensamente engrandecido; es esta humanidad nueva la que vuelve a tomar de manos del herrero el instrumento de trabajo, a quien ella sobrepasa ahora en estatura y en fuerza; su voz no es ya la de un esclavo sino la de un jefe:

"Tú eres mi servidor, yo tu amo; quien está en primer término soy yo —yo, que te he creado para mí— te utilizaré cuando y como yo quiera. Tú funcionarás 8 horas por día, si yo quiero, de igual modo 7, si tal es mi beneplácito. Tú te perfeccionarás si esto me conviene. No arruinaré mi salud física y moral para perfeccionar tus rodajes y hacerte más potente.

"Bien están las leyes del rendimiento y del progreso mecánico; mas estas constituyen tu negocio y tan sólo constituyen el mío cuando tú me sirves mejor para el rendimiento y el progreso. Por tanto, tú no me sirves cuando extenuas algunos de mis miembros por el exceso de trabajo y condenas a otros a un paro forzado, cuando engordas unos de una manera pleotórica y debilitas otros hasta el punto de dejarlos raquíticos. Mis miembros, mis órganos, los que padecen y los que trabajan, soy yo mismo. Cuando uno sufre, soy yo quien sufre y no es conveniente que yo sufra por tí, por cuanto yo mismo te he creado para asegurar mi bienestar y el de mis hermanos, que se aprovechan de mi trabajo, y únicamente para esto. Tú eres algo más que mi servidor, más que mi esclavo, eres mi cosa...

"Si yo soy herrero, no lo soy para tí, mas para los otros hombres, para mí y para Dios. Para los otros hombres a quienes procuro objetos de hierro o de acero; para mí, que adquiero en cambio de mi trabajo los bienes necesarios para la conservación de mi vida; para Dios, el fin último de mi vida y de la vida de mis hermanos... Tú eres para mí, mas yo soy para Dios en sí mismo y en la persona de los hombres hechos a su imagen. El instrumento de trabajo para el hombre y el hombre para el hombre y para Dios".

Tal es la parábola del herrero; el que tenga oídos para oír, oiga!

EXPLICACIÓN

El cuerpo profesional se reconstituye y se hace señor del mecanismo económico.

La parábola es fácil de ser comprendida.

La debilidad de la humanidad ante el instrumento de trabajo y del mecanismo económico moderno procede de que las familias que la constituyen como otras tantas células están dispersas, sin trabazón vital entre

si. Qué puede un obrero, qué puede un patrón en el torbellino de los acontecimientos económicos!... Si, por el contrario, los obreros y los patronos se reúnen en sus respectivos sindicatos, si de esta manera las células dispersas del cuerpo social se reorganizan; si entre los órganos de la profesión así reconstituída se establecen sólidas junturas, comisiones mixtas permanentes, consejos corporativos, tribunales de arbitraje...; si, en fin, los lazos de una activa colaboración traban sólidamente el conjunto de estos elementos: podremos —pasada ya la confusión humana que reina hoy día— saludar el advenimiento del cuerpo profesional, cuerpo en que cada hombre será una célula, que difunda un influjo vital proporcionado a su fuerza, cuerpo poderoso que será capaz de disciplinar la producción, de domar el mecanismo económico sublevado, de imponerle el respeto a las leyes propias de la naturaleza humana.

Es del todo evidente que la potencia del cuerpo profesional —ese frente humano de trabajo— estará al servicio de la libre voluntad humana y habría quienes podrían temer que, en lugar de tener firmemente en sus manos las riendas de la economía, no le deje sueltas las bridas sobre el cuello y aun no la excite más! Parece que nuestros hombres, tanto obreros como patronos, han sufrido demasiado la crisis y el paro para que se sometan con todo gusto a una prueba, que no han experimentado hasta el presente más que por la violencia de las fuerzas ciegas de una economía anárquica.

Esto parece tanto más cierto cuanto que en el cuerpo profesional, al lado de la industria, en donde el capital, la máquina... el instrumento de trabajo han mandado como amos, serán integrados por otros elementos tales como la agricultura, la pesca al por menor, la profesión de los artesanos, en donde el trabajador siempre permanece dueño incontrovertible de su instrumento de trabajo, sea arado, herramienta o barco. Han guardado de este modo el sentido humano del trabajo con el de la familia y frecuentemente con el de la fe. Artesano de la tierra, artesano del telar, artesano del mar, poco importa, en ellos vive el alma del artesano herrero de la edad media. Estos han carecido con frecuencia de medios de expresión.

En un régimen económico en que sólo habla el capital, es decir: la máquina, los que no tienen máquina ni capital no son nada y no hacen oír su voz.

En el parlamento invisible que dirige la moderna economía sólo el capital está representado. Cada empresa envía allí representantes de su maquinaria, de sus talleres, de sus oficinas; mas no envía representantes de su personal obrero o director. La autoridad de estos mandatarios es proporcionada al número y a la importancia de las máquinas de la em-

presa y por tanto a la cifra del capital social, simple traducción de aquellas, no resulta del número o valor de los hombres, que se sirven de las máquinas, cuya explotación dirigen.

Cuando se habla en nombre de una fábrica o de un grupo de fábricas de 10 ó 100 millones de capital social, se tiene el derecho de ser escuchado; cuando se habla en nombre de algunos barcos de pesca, de algunos arados o de una caja de herramientas, o en otros términos: en nombre de unas cuantas monedas: se tiene la certeza de no ser comprendido. Poco importa que al mango de esas herramientas o a la esteva de esos arados o al timón de esos barcos se encuentren muchedumbres de hombres... El capital humano no es tomado en cuenta, aquí sólo el capital dinero se tiene en consideración.

Que se instaure un régimen corporativo y la faz de las cosas cambiará! La economía no es dirigida por los representantes de la máquina o del capital sino por los representantes de los trabajadores, que los utilizan. La palabra no es más para el instrumento de trabajo, en la barca o herramienta, en el arado o la fábrica. Es para el hombre patrón, obrero, campesino, artesano, pescador al por menor. No se cuentan los millones, se cuentan las personas humanas: no se da el primer lugar a los que producen el mejor capital sino a los que con su carne y su sangre engendran hijos y los crían con su trabajo en un ambiente verdaderamente familiar.

Que sea instaurado un régimen tal, y los agricultores, los artesanos, los pescadores al por menor, que constituyen la masa del país y la fuente de su vida profunda erguirán la frente. Caerán en la cuenta de que constituyen —por lo menos— la mitad del Cuerpo Profesional, aportarán a él las riquezas espirituales que lo fortificarán en su alma y que, tomando sus raíces en hechos materiales, en las tradiciones y en los intereses de una notable parte de la nación, no estarán a merced de un capricho pasajero, de una campaña de prensa o de una moda intelectual.

Con todo sería engañarse el creer que las tradiciones humanas y la voz del terruño serían suficientes para alimentar el alma del nuevo mundo profesional. El cuerpo profesional no puede ser un cuerpo vivo si carece de alma, y el alma, como el cuerpo, tiene sus exigencias.

A la verdad, el alma del herrero de la edad media tenía abundancia de riquezas y esto sería ya un gran beneficio: que ella anime el cuerpo profesional entero. Mas hay un alma de artesano más bella todavía, la del Artesano, Carpintero de Nazaret. Cuándo veremos algún luminoso reflejo de él sobre el rostro de los trabajadores modernos de todas las clases? Cuándo descenderá la redención de la vida privada hasta la vida de trabajo

librada hoy a un nuevo paganismo? Cuándo los cristianos que son uno con el Redentor tomarán la responsabilidad de esto en su alma y hasta en su carne?

“Busco Samaritanos buenos, es decir: hombres que tengan piedad... Poco importa el partido con tal que haya piedad, piedad activa que contribuya con su trabajo y su dinero”.

Este
libro acabóse
de imprimir en
Buenos Aires, el día
9 de Agosto de 1938, en la
Imprenta Guadalupe
Mansilla 3865
Buenos
Aires